

Gregorio Campos, en una entrevista publicada en *El Correo Español* de Madrid, que sus ideas *tradicionalistas* no resultaban simpáticas «en ciertas esferas»<sup>15</sup>. El duro ataque de «Jullano», recogido aquí, indica que no le faltaba razón.

Puede sorprender el perfil de este Valle-Inclán de 1911 —integrado en la vida escénica del momento, cómodamente instalado en Madrid y viviendo de sus obras, elogiado por la prensa y claramente partidario de una opción política— pero tal vez lo más sorprendente sea que no siguiera por ese camino, que le prometía evidentes triunfos comerciales. Con insistencia se plantea el porqué de su ruptura, poco después, con cuanto le permitía vivir así. ¿Sería dicha ruptura efecto de un disgusto ante la negación de Díaz de Mendoza a representar *Voces de gesta* en Pamplona en 1912, como afirma Fernández Almagro (págs. 148-149)? ¿Sería, tal vez, la manifestación de una íntima reflexión ocasionada por la muerte de su madre, que el mismo biógrafo relaciona con la decisión de abandonar Madrid y volver a Galicia? ¿O se produjo como consecuencia de una tensión entre su ideología carlista y su carácter independiente, advertida tanto por sus amigos como por sus enemigos?

La visita a Valencia no ofrece datos contundentes sobre la ruptura, a no ser que la insistencia de la prensa en su tradicionalismo, y la subsiguiente sorna de «Jullano», pusieran en evidencia cierto *exceso* —signo de interés— que podría hacerle preguntarse si no se estaba dejando convertir en instrumento (en fante) de un partido o de su propia ambición. Los periódicos valencianos nos transmiten la imagen de un Valle-Inclán triunfador y seguro de su trayectoria artístico-ideológica. Sin embargo, su rechazo de la actualidad en favor de una perspectiva intemporal, tan evidente en sus conferencias, no podía menos que abrir un abismo entre esa trayectoria de éxito y su visión crítica tanto de España como de sí mismo. Contemplado desde las ideas que aparecen en los documentos rescatados aquí, esa actualidad no era «más que una negación, ya que pasa y desaparece». Si nos fijamos menos en la imagen triunfadora del Valle-Inclán de 1911 y más en sus palabras, se evidencia un profundo conflicto, causa tal vez de la crisis que se produjo poco después en su vida y su obra<sup>16</sup>. El paso por Valencia marcó un momento de gran plenitud para Valle-Inclán, como aquel que preludia el cambio de la marea.

## La Voz de Valencia, 28-5-1911, p. 1

Ayer tuve el inmenso placer de estrechar la mano del supremo novelista y poeta D. Ramón del Valle-Inclán. Yo supe que el escritor sublime, el in-

la compañía más prestigiosa de España. La buena acogida dada a Voces de gesta por periódicos como El Correo Español no sorprende, dada la orientación del «Diario Tradicionalista» y defensor de don Juime de Borbón. De ahí que Gregorio Campos terminara su reseña del estreno en Madrid así: «Una nota simpática presenciábamos anoche, finalizada la representación, en el saloncillo de la Princesa. El genio de la elocuencia rendía el honor de su pública admiración al escritor insigne de Los cruzados de la causa. El gran maestro Vázquez de Mella y el maestro de escritores, Valle-Inclán, platicaban rodeados de literatos y artistas» (27-V-1912, pág. 1). En cambio sí llama la atención la recepción acordada por el mismo periódico a La marquesa Rosalinda, estrenada el 5-III-1912 también por María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. En esa ocasión, el crítico elogió desmesuradamente al autor teatral, presentándole como la «encarnación del aristocratismo tradicional», «escritor de añeja cepa» e «hidalgo literato» que sólo se podía comparar con «aquel otro caballero manco que se llamó Miguel de Cervantes Saavedra» (Gregorio Campos, «Ante un estreno. 'La Marquesa Rosalinda'», El Correo Español, 5-III-1912, pág. 1).

<sup>15</sup> Ver Un Valle-Inclán olvidado, pág. 35.

<sup>16</sup> En «Valle-Inclán en 1913-1918: El gran viraje», Manuel Durán mantiene que éste «acontece durante los años de la primera guerra mundial» y que «desvía su atención, antes fija en la be-

comparable cantor de los gestos de nuestra raza, el más grande de los literatos españoles, se hallaba en Valencia, y acudí presuroso a rendirle mi humilde tributo de admirador, el tributo para mí honrosísimo de escuchar algunos momentos sus palabras con la veneración que inspira la grandeza espectral de los genios.

He visto a Valle-Inclán. El inmortal soneto que le dedicó el más insigne de nuestros poetas modernos, Rubén Darío, refleja maravillosamente la figura de este personaje real y simbólico, encarnación del espíritu español, que es tradición, luz, amor y poesía. [...]

Valle-Inclán no había venido nunca a Valencia. Está encantado de las bellezas de nuestra ciudad. Nos ha dicho que es una de las ciudades españolas que conservan con más intensidad la tradición. Los clásicos zaguanes de nuestras casas, con su escalera en el fondo como parte decorativa del conjunto, le parecen evocadores y mucho más típicos y hermosos que los famosos patios de Sevilla...

—¿Cuándo se estrena su tan esperada obra *Voces de Gesta*?

—En eso andamos ahora. Hoy precisamente hemos estado trabajando en el decorado e indumentaria, y pienso que la compañía Guerrero-Mendoza la estrene inmediatamente en Barcelona<sup>17</sup>. Se hubiera estrenado en Valencia de haber tenido ultimados los detalles de la representación.

Le hemos interrogado sobre la nueva obra. Con amabilidad exquisita ha contestado a nuestras ansiosas preguntas: *Voces de Gesta* es una tragedia en tres jornadas y en verso. Es una obra en la que recoge todos los latidos y aspiraciones de la tradición y de la raza españolas. La escena no tiene época determinada. Aunque se desenvuelve entre pastores, no se circunscribe a tiempo alguno lejano. Hay en la tragedia una cabeza que cae cortada, que recuerda la hazaña de Judith; un robo de doncellas, que evoca el raptó de las sabinas; rapiñas y talas en los campos, que representarán las últimas guerras civiles. Es una obra que simboliza lo eterno de la humanidad, lo que no cambia.

*Voces de Gesta* ha sido escrita en verso y Valle-Inclán ha querido introducir y afirmar en la literatura española el divino metro latino, el cadencioso y elegante hexámetro, que con tanto éxito cultó *Carducci* en sus *Odi barbare*<sup>18</sup>.

En la forma y en el fondo será la nueva obra de Valle-Inclán original y grandiosa. [...]

Larga ha sido nuestra conferencia con Valle-Inclán. Hemos hablado de los poetas de hoy, y yo he gozado sumamente al oír confirmada por labios tan augustos la justicia de la adoración que siente por Rubén Darío. No encontraba calificativos adecuados para ensalzar el talento, el espíritu religioso, el hondo sentimiento, la altísima poesía del gran nicaragüense. Entre

llega intemporal, hacia el presente concreto y el 'dolor de España'» (De Valle-Inclán a León Felipe, México, Finisterre, 1974, pág. 51). Habrá que entender este juicio, situando la crisis unos años antes y descubriendo su génesis precisamente en esa mirada «intemporal» ante su actualidad dolorosa.

<sup>17</sup> La obra se estrenó el 18 de junio en el teatro Novecentades de Barcelona. Al otro día del estreno El Mercantil Valenciano informó que a «la función asistieron muchos carlistas; pero las ovaciones fueron independientes a las ideas políticas del autor» (pág. 3).

<sup>18</sup> Se trata del poeta italiano Giosuè Carducci, autor de *Odi barbare*, cuya métrica resultó polémica tras la primera edición de 1877.

los jóvenes, prefiere a *Azorín* y a *Marquina*, para cuya obra, *La alcaidesa de Pastrana*, tuvo frase de verdadero elogio.

Le hablé de mi creencia en la definitiva orientación de la literatura española hacia la tradición, y del gran respeto que en mi juicio han alcanzado para el cristianismo las obras de mi interlocutor<sup>19</sup>. Me dijo que si en España es evidente el renacimiento religioso y tradicional, es en Francia inmensamente mayor.

*Voces de Gesta* es una obra que encierra un hondo sentido cristiano. Ya era hora —nos dice conmovido Valle-Inclán— de que después de diez años de dramas anticristianos, se llevara al teatro español una obra de contraria tendencia. Por eso mismo tendrá muchos enemigos.

¿Enemigos? ¿Tú puedes tener enemigos, maestro? Sí; los enemigos de España.

Pavía

## «Concepto de la vida y del arte»

*El Mercantil Valenciano*, 31-5-1911, p. 1

Anteanoche dio su anunciada conferencia en el Círculo de Bellas Artes el ilustre literato D. Ramón del Valle-Inclán.

El salón de actos hallábase repleto de distinguido público, ávido de oír al conferenciante.

El señor Fillol, presidente del indicado Círculo, pronunció breves palabras de presentación, haciendo un caluroso elogio del señor Valle-Inclán. Al subir éste al estrado fue saludado con grandes y prolongados aplausos.

Es muy difícil reproducir siquiera sea pálidamente cuanto dijo en su hermosa oración el insigne literato, tanto por la belleza del lenguaje como por el fondo de las ideas expuestas; así que nos limitaremos a dar un extracto de tan notable conferencia.

Empezó diciendo:

«Honrado por la invitación del Círculo de Bellas Artes, he de dirigiros la palabra a vosotros, artistas de Valencia, la ciudad en donde parece revivir la vida apasionada e intensa de una de aquellas ciudades del Renacimiento, vida que fue a la par de sutilezas retóricas y de ansias de arte mezcladas con violencias inauditas sobre un fondo de crueldad, de barbarie y de sangre. Valencia conserva todo aquel prestigio, porque esta ciudad es como una bella musulmanita que suspirase y aromase en una playa dorada del mar Tirreno.

Y pues me encuentro entre vosotros, todos artistas, he de desenvolver en esta hora el concepto de la vida y del arte.

<sup>19</sup> Severino Aznar, pensando tal vez en *Sonata de estío*, había sido más fiel al espíritu de la obra temprana de Valle al notar, en *El Correo Español (Madrid)* el 21-III-1910: «No fue siempre como hoy Valle-Inclán, y no puede decirse todavía que ha salvado todas las etapas de su afortunada evolución. Sus primeros libros saben demasiado a pagania» (citado por Margarita Santos Zas, «Valle-Inclán y la prensa de Galicia: *El Diario de Galicia*», *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, 7-8 [diciembre 1990], pág. 81).

<sup>20</sup> Cf. La Voz de Valencia (30-V-1911): «dice que el arte ha de ser no sólo el comentario a la actualidad, a lo presente, pues lo presente no es más que una negación, ya que pasa y desaparece; el arte ha de ser el sentimiento y la versión del pasado y el futuro, dando así la mayor amplitud a la idea y acercándose de esa manera el artista más a Dios, de quien el arte procede, y para quien todo es presente, inmutable» (pág. 3).

<sup>21</sup> Añade Las Provincias (30-V-1911): «Para nuestro artista, tanto más encanto de arte existe en las cosas, cuanto más misterio encierran éstas. Y el misterio más grande que la vida humana puede ofrecernos es la muerte. Cuando ésta llega, los rasgos humanos adquieren grandeza trágica y muestran lo infinito inexcrutable: es la perfecta belleza» (pág. 1).

<sup>22</sup> «Como ejemplo relativo de esa aproximación a ese ideal artístico, presenta la esfera, que es lo que más se acerca al infinito. El punto central de la esfera, único, absoluto, todo lo domina, todo le está subordinado» (La voz de Valencia).

<sup>23</sup> Cf. El Pueblo (30-V-1911): «Los grandes artistas de todos los tiempos sólo aspiraron a convertir en forma lo más duradero [...], recogiendo las formas que no tienen modificación, que son permanentes, dejando lo efímero que pasa mañana sin dejar recuerdo. No hay que hacer objeto primordial del arte lo accesorio» (pág. 2).

<sup>24</sup> Cf. El Correo (30-V-1911): «Nada es como es —dice—. Todo es como se recuerda. Un retrato no es el origi-

Suele decirse que el arte es la vida; mas con esto apenas se hace sino una enunciación oscura, si juntamente con ella no se esclarece y afirma lo que la vida sea.

La vida es algo como un fruto del tiempo, como una derivación de las horas y de los días, la tela inconsútil que tejen los astros; y el tiempo no es para nosotros sino una corriente de eternidad, un antes y un después, unidos por una negación, por algo que no se cuenta, por una cantidad infinitamente pequeña, a la cual nos obstinamos en llamar presente. Tal es nuestro orgullo. Porque el presente sólo puede existir con relación a las cosas infinitas, aquellas que no pueden tener ni antes ni después porque la eternidad es su sustancia. Pero cualquiera que sea el concepto que un artista pueda tener de la vida, ya la considere como una aspiración a la unidad, como un ansia para acercarse a Dios y darle a todas las cosas el anhelo de perpetuarse y de parar el tiempo, ya como un río que se trasmuta y corre sin detenerse en el presente del pasado al futuro, su aspiración será siempre la de hacer inmóviles todas las cosas que le rodean<sup>20</sup>. Porque el movimiento es también una aspiración a la quietud. En los círculos dantescos, el torbellino de las almas no es sino el ansia proteica de girar eternamente para poder estar en todas partes e igualarse con Dios<sup>21</sup>.

Si ese torbellino fuese tal que llegase a hacer desaparecer la medida de las horas, que llegase a hacerse incontable para nuestros ojos cuando menos, ya habría llegado a la inmovilidad, como ocurre con la rueda de la máquina, que cuando su velocidad es extrema a nuestros ojos, ya finge estar quieta<sup>22</sup>.

Es, pues, la aspiración del arte perpetuar las formas, perpetuar los ritmos y dar a todas las cosas un sentido esotérico de eternidad y de unidad. Y así, todo artista ha de disciplinar su espíritu con tan austera disciplina, que todas las cosas le revelen lo que tienen de efímeras y aquello que tienen de permanente o, cuando menos, de durable<sup>23</sup>. Para llegar a esta disciplina conviene ante todo adiestrarse en evocar y en recordar, porque en el arte, y en cuanto a la obra de arte atañe, nada es como es, sino que todo es como se recuerda<sup>24</sup>, y el recuerdo se forma y cristaliza en nosotros por la suma inconsciente que hacemos de momentos análogos, y claro está que el mayor número de estos momentos hará más tenaz el recuerdo, aquello que hemos visto muchas veces nos será siempre más conocido que aquello apenas un momento entrevisto. Por eso nada más absurdo que la modalidad de algunos pintores que han creído encontrar en la luz el elemento principal y duradero de las cosas, cuando es el último de los accesorios; claro está que hablo de la luz en concreto y no en abstracto.

Si pensamos en dónde está la razón de que a un hombre le distingamos de otro hombre, veremos que esta razón se encuentra en la expresión, en